

Fernando J. M. Domínguez González
Marcelo Darío Milman

Ellos deciden desear



Ellos deciden desear

Fernando J. M. Domínguez González

Marcelo Darío Milman

ISBN 978-987-28308-0-9

desnudo
Editorial Digital

Índice

[Introducción](#) - Marcelo Milman

[La doble vida de Don Antonio](#) - F. Domínguez

[La urgencia de la desnudez](#) - Marcelo Milman

[Legales](#)

[Los autores](#)

[La editorial](#)

Introducción

Por Marcelo Darío Milman

Ellos deciden desear reúne dos relatos de [dos autores](#) de residencias dispares y generaciones distintas: un océano y cuatro décadas los separan.

Sin embargo, y al mismo tiempo, subyace un claro denominador común entre ambos textos: el deseo.

Podemos dar cuenta de dos instancias de ese deseo: una breve y fugaz, ligada a la inercia, a la resignación, y la otra, en la esencia de la narración, donde aparece el deseo que irrumpe, que no puede ser enmarcado en un contrato matrimonial, que incorpora al dolor y al castigo como juego consensuado, que rompe con la heteronormatividad, que es expresión plena de la diversidad sexual.

A su vez, hay un tópico, un lugar a donde los protagonistas le dan lugar a ese deseo que irrumpe y que lleva las banderas de lo genuino. En el primer relato, [La doble vida de Don Antonio](#), ese espacio es real y concreto, un "pequeño chalet, en la parte vieja de la ciudad", que funciona como prostíbulo; y en el segundo, [La urgencia de la desnudez](#), es virtual, líquido, "la sala de chat gay más popular y concurrida de la ciudad".

Particulares puntos de encuentro.

Hay otro elemento que vale la pena mencionar y es el de las religiones, puestas en juego junto a y en relación con lo sexual. Don Antonio es católico y, por ejemplo, tuvo que esperar a estar casado con su esposa para poder acostarse con ella. Por otro lado, Constantino es de origen judío y lo lleva inscripto en su cuerpo, a través de la circuncisión. Entonces, en el marco de lo occidental, aparece la cultura judeocristiana.

Por último, podemos destacar otro elemento en común entre ambos relatos, que surge al analizar sus respectivos títulos: ambos son sintagmas nominales, donde no hay verbo. La acción sólo aparece en el título general del libro...

Ellos deciden desear.

La doble vida de Don Antonio

Por Fernando J. M. Domínguez González



A quienes, esclavos del deseo, buscan en el sexo la sanación de ocultos y complejos traumas. Ellos, condenados por una hipócrita moral, son las auténticas víctimas.

Domingo

La gente se agolpaba a la puerta de la iglesia. Don Antonio, traje azul marino y corbata negra, del brazo de su esposa, intentaba sortear los distintos grupos para ocupar aquel banco en la primera fila que, desde hacía ya muchos años, les servía de lugar privilegiado para escuchar las homilias de la misa del domingo. Siempre asistían a la de doce...

De vuelta a casa, de manera invariable, se comentaban los consejos morales del párroco que, según Don Antonio, deberían ser de obligado cumplimiento para cualquier cristiano bien nacido. El cura, este domingo, en su larga y soporífera homilía, se había extendido en consideraciones morales sobre la reciente Ley del Aborto y las consecuencias de la misma en la católica España.

--Naturalmente, si los abortistas continúan por este camino, la Iglesia debería hacer algo por echar abajo estos intentos claramente izquierdistas, de convertir el aborto en un contraceptivo más --espetó Don Antonio, colgando la chaqueta.

--Desde luego --contestó su esposa colocándose despacio el mandil de cocina--, es una vergüenza que el aborto se convierta en algo legal y, lo que es mucho peor, que las chicas lo vean como una solución más a su falta de responsabilidad. ¡Qué vergüenza!

--¿Te acuerdas, Carmen, cómo tuvimos que aguantarnos hasta el día que bendijeron nuestra unión? Realmente, resistimos la tentación hasta que, casados como Dios manda, pudimos amarnos plenamente --dijo él mientras hojeaba con disimulo la página de «contactos» del periódico local--. Siempre la leía, como buscando algo que llamase su atención en ella, pero cuando el deseo empujaba, terminaba siempre delante de la puerta de aquel pequeño chalet, en la parte vieja de la ciudad... «¡Susana!»

Los diálogos «moralizantes», surgían siempre después de la misa dominical. Eran como un recordatorio rutinario de «virtudes» deseadas, pero inexistentes, en una familia con la fe heredada de sus mayores e inculcada a los hijos, ahora ya casados, lejos ya del hogar paterno.

La comida, la siesta y las largas horas ante el televisor, completaban la jornada del fin de semana. Por la tarde, vestidos con sus mejores galas, bajaban hasta el Círculo Mercantil y allí, en la espaciosa sala de lectura, él hojeaba la prensa o jugaba una partida de cartas con los amigos. Ella, aprovechaba para enterarse de las últimas novedades de la prensa del corazón y los cotilleos locales, en animada charla con sus amigas de toda la vida. Para enterarse del cotilleo más reciente, del verdadero «pulso» de la ciudad, nada mejor que una visita al Círculo Mercantil en domingo. Una

separación, un divorcio, una amante, un noviazgo, la quiebra de la empresa de un rival... ¡De todo se podía enterar uno en aquel lugar!

Lunes

Como siempre, desde hacía ya muchos años, llegó a su despacho a las nueve en punto de la mañana. Su secretaria, una mujer mayor y con aspecto de haber pasado toda su vida entre legajos sentencias y recursos, estaba escribiendo a máquina. Sin apenas levantar la cabeza, respondió a los buenos días.

--Ángela, después de pasar a máquina el recurso del Sr. González, no olvide llamar al juzgado para conocer la fecha y hora del juicio de doña Isabel Gómez. Esta tarde, no vendré a la oficina. Tengo asuntos urgentes que resolver en la ciudad. Si llama mi esposa, dígame que comeré fuera; que la llamaré en cuanto pueda.

--No olvide --le recordó la secretaria levantando ligeramente la vista del teclado--, llamar al despacho de la compañía de seguros. Tenemos un juicio por daños a terceros la semana que viene y ya tienen el peritaje listo. También le recuerdo que mañana, a primera hora, tiene una entrevista con el señor López. Es el asunto de la herencia.

Salió y tomó el ascensor hasta el garaje. Tras circular por varias calles de la parte antigua de la ciudad, se dirigió hacia un callejón

estrecho y sin salida, aparcando frente a un chalet rodeado por un pequeño y descuidado jardín. Con las solapas del abrigo subidas, después de mirar a ambos lados de la calle, pulsó el timbre con insistencia.

Una mujer joven, excesivamente maquillada, abrió la puerta. Después de besarle, se colgó de su brazo para conducirlo hasta el interior. En el salón, con escasa luz, se encontraban sentadas seis mujeres con aspecto aburrido, delante del televisor. Todas ellas, en ropa interior muy sugerente, lo saludaron como a un viejo conocido.

--¿No está Susana? --preguntó, mirando a su alrededor.

--Está ocupada, cielo --contestó la que parecía ser la encargada del prostíbulo--. Puedes esperarla pero, si lo prefieres, ocúpate con una de estas chicas. Todas son muy complacientes y trabajan muy bien... ¡Quedarás contento!

Él, observando a las presentes, hizo un ligero mohín de disgusto y pareció dudar unos instantes. Finalmente, se acercó a una joven delgada de cabello rubio, con cara de adolescente. Sus piernas eran largas y bien torneadas... «¡Quizás un poco delgada!», pensó mientras la observaba.

Cogidos del brazo, subieron a la segunda planta

del edificio. Entraron en una de las habitaciones. La luz de neón rojiza, apenas permitía ver más allá de los pies de la cama adornada, en su cabecera, con un pretencioso dosel de tul color rosa.

--Ya me dirás qué quieres: servicio completo, griego, alguna cosa especial --mientras hablaba, se estaba despojando de la poca ropa que llevaba, acercando su desnudo cuerpo al de él--. Dime lo que quieres, cariño.

Él, desnudándose despacio, colocando cuidadosamente cada una de las prendas en el respaldo de una de las sillas, respondió:

--En realidad la que conoce bien mis gustos es Susana, pero como está ocupada --dijo con cierto tono de tristeza.

La chica, con una pícaro sonrisa, le contestó mientras seguía frotándose contra su cuerpo:

--¡No te preocupes, cielo! Dime lo que quieres y yo intentaré hacerlo tan bien o mejor que ella.

Don Antonio, mientras ella hablaba, se había puesto el sujetador y las bragas de la chica. Su grotesca figura, vestido de aquella guisa, con aquel inmenso y fofo vientre reflejándose en el espejo del techo, casi hizo estallar en carcajadas a la joven prostituta. Finalmente, su discreción profesional se lo impidió.

--Píntame los labios, maquíllame y, después, azótame con fuerza en las nalgas --pidió él ya sentado en la cama.

La joven lo maquilló y, después, con la mano completamente abierta, fue propinando azotes en las nalgas hasta hacerse daño.

Tumbado en la cama boca abajo y con las abultadas nalgas enrojecidas, cada vez que recibía un azote, gemía: «¡más! ¡más!»

La prostituta pronto comprendió lo que él realmente deseaba. Buscó, en el armario empotrado de la habitación algunos objetos: una fusta, esposas y una especie de antifaz.

Esposado a la cama y con los ojos completamente tapados, reflejándose su fofo y blanquecino cuerpo en el espejo del techo, esperaba ansioso que ella comenzase a azotarle de nuevo. La joven no dudó un instante... Lentamente, con creciente fuerza, fue marcando la espalda y las blancas nalgas del hombre con cortos y rápidos golpes de fusta.

Pasado un rato, cuando la piel enrojecida parecía estar a punto de sangrar, le quitó el antifaz y comenzó a acariciarle; a besarle por todas partes, muy despacio...

Congestionado, pidió que le quitase las esposas y, de manera brusca, la tomó en sus brazos,

poniéndose encima de ella para, con impensable agilidad, penetrarla ansiosa y brutalmente. La joven tuvo que apartarlo con sus brazos mientras se quejaba:

--¡Cuidado! Me estás haciendo daño. ¡Más despacio, cariño!

Él, como sordo a sus quejas, seguía catapultando su cuerpo sobre ella con fuerza. Su fofo y abultado vientre chocaba, una y otra vez, contra el de la joven. Sus gemidos, acompañados de pequeños chillidos y la cada vez más entrecortada respiración, parecían ser el prelude de un cercano orgasmo. Su rostro, congestionado en extremo, se había vuelto casi lívido en el último momento. Ella, intuyendo la proximidad del final, fingía estar gozando también. Sus suspiros y pequeños gritos, acompañando a los del hombre, aceleraron el desenlace.

Durante unos minutos, ambos permanecieron, uno al lado del otro, sin decir palabra. Después, pasaron al cuarto de baño.

A la salida del chalet, al igual que hiciera a la entrada, observó el callejón, antes de entrar en el coche.

Martes

--Ayer llegaste muy tarde --se quejó su esposa mientras le servía el desayuno.

--En realidad, estuve muy ocupado durante toda la tarde. Estoy muy cansado. Hoy me acostaré más temprano.

--Trabajas demasiado, cariño --su esposa le miraba con cara comprensiva.

--Ya sabes que todo está muy complicado últimamente. Existen más abogados que pleitos. Solamente los mejores podemos sobrevivir.

Cuando llegó al despacho, su secretaria tenía varios recados para él.

--Tiene que llamar al juzgado. Lo de Gómez será para el próximo martes, a las diez. Ya he hablado con el procurador. También tiene que volver a hablar con la compañía de seguros.

--Bien, voy a revisar un rato el expediente del accidente de tráfico. No me pase llamadas hasta nuevo aviso.

Estuvo trabajando durante bastante tiempo, hasta que su secretaria, desde el quicio de la puerta, le hizo levantar la vista de los papeles que estaba examinando:

--¡Hasta mañana, Don Antonio!

--¡Hasta mañana, Ángela!

Miró el reloj y poco después de marchar la

secretaria, cerró el despacho y se marchó para casa.

Después de cenar y ver las noticias en la televisión, se metió en cama. Su esposa estaba leyendo una revista. La dejó sobre la mesita de noche y se acurrucó junto a él, acariciándole el torso. Con mirada de deseo, le preguntó:

--Antonio... ¿Hacemos el amor?

Sorprendido, contestó con cara de circunstancias:

--¡Mujer!... Llevamos más de treinta años casados. Sabes que te quiero muchísimo, pero los años y el cansancio no perdonan. El trabajo y las preocupaciones me quitan las ganas. De veras... ¿Lo dejamos para otro día?

Ella, claramente defraudada, se apartó bruscamente de él, mientras le reprochaba:

--¡Siempre dices lo mismo, pero cuando ves a chicas jóvenes por la calle, tus ojos delatan el deseo!

--¡Imaginaciones tuyas! ¿No ves que pueden ser hijas mías? ¿Cómo puedes pensar algo así?

Dio la espalda a su esposa, apagó la luz y, en pocos minutos, se quedó dormido.

Miércoles

Durante el desayuno, ella no dejaba de mirarle de reojo. Desde hacía ya algún tiempo estaba notando el escaso interés de él por hacer el amor. Era correcto con ella, pero la pasión de antaño se había convertido en una casi total indiferencia. Hacía ya varios meses que cada vez que ella se insinuaba, él la rechazaba con disculpas. «¿Habrás otra? ¿Será la edad?», se pregunta ella mientras desayunaba.

Él, terminando el café mientras leía la prensa, estaba pensando en lo que había pasado la noche anterior: «¿Desconfiará de mí? La verdad es que cada día que pasa me apetece menos estar con ella. ¡Cada día me atrae menos!»

Se puso el gabán y dijo, dando un fugaz beso en la mejilla a su esposa:

--Hoy volveré pronto --dijo mientras cerraba la puerta--. Quiero estar aquí temprano para ver el partido.

Cuando llegó a la oficina, Ángela estaba escribiendo a máquina y levantó ligeramente la cabeza para contestar al saludo.

--Esta mañana, sobre las nueve y cuando aún estaba abriendo la oficina vino una señorita que dijo haber encontrado su cartera --la secretaria le miraba de una manera un tanto inquisitiva--. Dijo que la había encontrado en

la calle. ¡La pobre tenía una pinta muy rara, pero, he de reconocer, que honrada sí que lo es!

--¡Vaya por Dios! --dijo mientras se palpaba el bolsillo--. Hasta ahora no me había dado cuenta de su pérdida. Seguramente me cayó en el garaje o al salir de él. ¿Qué quiere usted decir con «pinta rara»? ¿A qué se refiere?

--Si he de ser sincera, me pareció una prostituta por su manera de vestir y moverse -- la secretaria le miró fijamente--. Es algo que no sabría explicarle pero que las mujeres intuimos.

--¡Bueno! ¡No sea usted malpensada, Ángela! -- entró en su despacho --. Lo importante es que he recuperado mi documentación y las tarjetas de crédito. Después, sentado ya a la mesa de trabajo, pensó: «¿Cómo he podido olvidar la cartera en aquel lugar?»

Hizo varias llamadas telefónicas de carácter profesional, y recibió la visita del procurador que llevaba los asuntos del bufete ante los tribunales.

Comió en casa y su mujer no dejaba de observarle con aquella cara que él conocía bien desde hacía meses. Desde que había descubierto sus verdaderas apetencias sexuales en aquel prostíbulo, las relaciones con su mujer se habían ido enfriando, «quizás demasiado», pensó

él.

«¡Tenía sobrados motivos para desconfiar de él!» A pesar de aquellos remordimientos, Don Antonio, seguía sintiendo una fuerte y morbosa atracción por las visitas al burdel, en donde se entregaba a las prácticas sexuales que su mujer, católica y chapada a la antigua, nunca hubiese aprobado o practicado con él. ¿Podía imaginarse a su esposa haciéndole una felación o azotándole?

Con las prostitutas, especialmente con Susana, podía dar rienda suelta a sus fantasías más atrevidas. Ella, una mujer de unos 40 años, con un cuerpo lleno de apetitosas curvas y pechos voluminosos como a él le gustaban, adivinaba siempre lo que él quería. ¡No hacía falta decir una palabra!

Entre ellos, además de la ya dilatada relación cliente - prostituta, se había establecido una cierta «amistad» que, con el tiempo, había dado paso a las confidencias. Durante aquellos momentos de descanso que se tomaban fumando un cigarrillo, tumbados sobre la cama, ambos se contaban muchas cosas.

Don Antonio, debido a la atracción que por ella sentía, se mostraba sumamente contrariado cuando llegaba al burdel y ella se encontraba prestando sus servicios «profesionales» a otro. Había llegado a considerarla como algo suyo. Al no encontrarla en el salón, se despertaban en

él extraños sentimientos: celos, quizá... En más de una ocasión y a pesar del deseo que le había empujado a ir al burdel, se había marchado cuando Susana no podía atenderle. Cuando esto sucedía, además de una cierta dosis de celos, sentía una especie de desengaño al saber que ella estaba dando placer a otro. ¡Solamente con ella era capaz de gozar plenamente!

Luego, cuando recapacitaba sobre sus sentimientos, comprendía que Susana era una profesional; que sus servicios no podían ser exclusivamente para él. «¡Al fin y al cabo, solamente se trata de una puta!», terminaba diciéndose.

--¿Vendrás pronto por la tarde? --su mujer le miraba fijamente.

--Ya te lo dije, mujer... Quiero ver el partido. Es la final de la Copa del Rey y no quiero perdérmelo por nada del mundo. Saldré un poco antes de la oficina.

Regresó temprano, como había prometido, y sufrió lo suyo durante la retransmisión del partido. Su esposa, sentada cerca de él, leía mientras tanto una revista.

Ya en la cama, ella volvió a insistir en hacer el amor y Don Antonio, acordándose de Susana mientras lo hacía con su esposa, puso sus mejores intenciones en complacerla. No resultó

especialmente glorioso, pero suficiente para espantar el fantasma de los celos.

Jueves

Susana, la prostituta, no había acudido al pequeño chalet. Estaba con lo que ella solía llamar «días malos». Cuando esto sucedía, no quería trabajar. Algunas compañeras lo hacían, disimulando aquel periódico acontecimiento, pero ella se sentía especialmente incómoda y sucia en esos días. Cada mes, durante aquellos 3 o 4 días, se quedaba en casa y aprovechaba para hacer multitud de cosas atrasadas: la colada, planchar, salir de compras... Su «hombre», como ella llamaba a su compañero cuando charlaba con sus colegas del burdel, hacía poco que se había levantado y salió a tomar una copa mientras ella ponía la casa en orden.

Hacía casi un año que vivían juntos --¡le había conocido como cliente!--. Primero se veían en el prostíbulo, dos o tres veces por semana, pero la encargada, al darse cuenta del cariz que estaba tomando aquella relación, se lo prohibió terminantemente. En su casa, como ella decía, solamente podían prestarse servicios «profesionales». Todo lo demás tenía que quedar fuera de aquellas paredes... ¡Allá cada cual con sus novios o chulos!

Susana, decidió meter en su casa a Juan para quien, sin darse apenas cuenta, terminó

trabajando en el oficio más viejo del mundo los siete días de la semana.

Había estado casada unos años, hasta que su matrimonio se deterioró y resultó imposible la convivencia. Su marido, borracho, putero y jugador empedernido, solía maltratarla a menudo. Armándose de valor, decidió separarse.

Sin ingresos de ningún tipo y sin oficio alguno, tropezó un día con una conocida que le ofreció una «solución» para ganar dinero fácilmente... En principio se negó, pero acuciada por la necesidad, empezó yendo de manera esporádica al chalet un par de días a la semana y, poco a poco, se fue involucrando más y más, hasta dedicarse a la prostitución por completo. Pronto tuvo una serie de clientes fijos que solicitaban sus servicios.

Es cierto que, al principio, le resultaba muy difícil fingir con los clientes, sintiendo asco al tener que hacerlo con hombres de toda catadura. Más de una vez sintió fuertes náuseas y ganas de abandonar todo aquello. Poco a poco, se fue acostumbrando. El dinero que ganaba, mucho más de lo que podía conseguir en el mejor puesto de trabajo de cualquier empresa, era la principal razón que la seguía manteniendo en aquel viejo oficio.

Pronto tuvo unos importantes ahorros que le permitieron comprar un coquetón pisito en uno de los mejores barrios de la ciudad. Ahora,

podía permitirse el lujo de vestirse en las más exclusivas boutiques, dándose muchos más caprichos de los que nunca había soñado.

Poco a poco, llegó a superar el asco inicial y se sorprendió a sí misma por la rapidez con que llegó a fingir con los clientes. De esa capacidad de simulación, dependían las propinas que algunos dejaban como pago por un orgasmo del que, en su estupidez, se creían artífices.

La mayoría de sus clientes --¡hombres maduros y casados!--, víctimas de su pedantería, se creían realmente lo que ella les decía cuando terminaban: «¡Qué bueno eres en la cama! ¡Cómo me has hecho gozar, cariño!» A ellos les gustaba escuchar aquellos halagos. Estas adulaciones, no levantaban solamente el «ego» de los clientes, sino que le reportaban a ella unos jugosos ingresos extra.

Cuando alguno dudaba de sus excelentes cualidades amorosas o del orgasmo que ella decía haber sentido con él, ella, con rostro serio le preguntaba: «¿Crees realmente que se puede fingir lo que he sentido contigo, amor mío?»

Allí, en el pequeño chalet, había conocido a su actual compañero. Al principio, su relación fue puramente profesional, pero con el paso del tiempo él fue ganado su corazón solitario y ávido de cariño. Algunos detalles, ramos de flores, alguna joya, llamadas telefónicas,

palabras bonitas que ella agradecía y nunca antes había escuchado...

Susana, muy sola a pesar de conocer a tantos hombres, fue enamorándose de él y pronto le propuso vivir juntos. Cuando llevaban unos meses conviviendo, él dijo haberse quedado sin trabajo.

Ciega por aquel cariño del que tan huérfana había estado, no dio importancia al asunto y pensó que la situación cambiaría. ¡Vana esperanza! Pasaron los meses y él seguía viviendo a costa de ella.

Durante las largas horas de permanencia en el chalet, contaba su vida a las colegas del prostíbulo. Más de una le advirtió que su compañero la estaba «chuleando»; que era un sinvergüenza y que debía romper aquella relación cuanto antes.

Susana, fue comprendiendo que sus compañeras tenían mucha razón; que debía finalizar aquella relación. Se había separado una vez y había vuelto a caer en la misma trampa. ¡Ahora estaba siendo explotada por un sinvergüenza! Cuando él volvió de la calle, Susana le contó sus celos, expresando el deseo de terminar aquella relación.

Él, con expresión llena de rabia, le contestó en un tono que hasta entonces era para ella desconocido:

--¿Cómo te atreves, puta de mierda? Te he dado mi cariño y comprensión, sabiendo lo que haces y quién eres. ¿Te parece poco?

--¡No me insultes! --Susana estaba llorando--. Hasta ahora no te importó saber de donde procedía el dinero. Ahora, cuando te digo lo que pienso y descubro tu juego, me llamas puta. Claro que soy puta, lo sé, pero tú... ¡Tú eres un chulo!

Él, con el rostro congestionado, se levantó y la agarró fuertemente por un brazo hasta hacerle daño.

--¿Nunca te han dado un buen par de hostias, asquerosa de mierda? -- mientras la insultaba, su puño se había parado amenazante a escasos centímetros del rostro de la mujer.

--¡Si me tocas chillaré hasta que vengan los vecinos! --ella intentaba mostrarse fuerte ante él --. Ahora mismo coges tus cosas y te marchas de mi casa. Si no lo haces, llamo a la policía para denunciarte por malos tratos. ¡Tú verás!

Cuando él se marchó, dando un impresionante portazo, lo primero que hizo fue llamar a un cerrajero para cambiar la cerradura de casa. Después, sentada en la cocina, lloró hasta que sus ojos se secaron... «¡Además de puta, como él me ha llamado, he sido una estúpida! ¡Nunca más caeré en la misma trampa!»

Viernes

Llegó a la oficina, puntual como siempre...

Ángela, la secretaria, estaba escribiendo y respondió a los buenos días sin apenas levantar su cabeza.

--Ángela --se levantó para coger un expediente del archivo--. Hoy saldré antes de las siete y media. Ya no volveré. Cierre usted cuando salga.

--Le recuerdo que tenemos pendiente la firma del recurso de Alfredo Álvarez. Tenemos que presentarlo el lunes por la mañana, sin falta, en el juzgado.

--Bueno --puso cara de fastidio mientras se sentaba--. Si es posible volveré sobre las ocho para firmarlo y lo dejaré sobre su mesa.

Cuando apenas eran las seis y media de la tarde, se marchó de la oficina.

En el garaje, ya dentro del coche, pareció dudar sobre la dirección a tomar. Deseaba fuertemente ir al chalet, para estar una o dos horas con Susana pero, como siempre, temía que estuviese ocupada cuando él llegase.

Decidió hacer lo que nunca antes había hecho. Sacando una pequeña agenda de la cartera, buscó

en la letra «n» un teléfono. Allí, en letra menuda y bajo el título de «negocios» estaba anotado el teléfono del chalet...

Sonó varias veces hasta contestar una voz de mujer que creyó identificar con la encargada del prostíbulo.

--¡Hola! Soy un cliente habitual de Susana y quisiera hablar con ella.

--Sí, un momento...

--¡Diga!

--¿Susana?

--Sí, soy yo... ¿Quién habla?

--Soy Antonio. ¿Te das cuenta? Calvo y maduro --bromeó--. Quiero estar contigo y me gustaría que me esperases. Deseo estar un buen rato y llegaré ahí dentro de unos quince o veinte minutos. ¿Me esperas?

--¡Hola Antonio! ¿Cómo no voy a conocerte, cariño? Claro que te espero. ¡Hasta ahora!

Cuando llegó al chalet y después de aparcar, hizo lo de siempre: miró a todos lados para comprobar que nadie le veía y pulsó el timbre nerviosamente.

Abrió la encargada del prostíbulo que le saludó

como a un viejo conocido, mientras subían apresuradamente las escaleras.

Susana, sentada en medio de las compañeras, se levantó para darle un beso y cogerle del brazo. Sin apenas mediar palabra, subieron a una habitación del segundo piso.

--Hace bastante tiempo que no estamos juntos -- ella le miraba mientras se desnudaba despacio y colocaba la ropa cuidadosamente en la percha.

--Estuve aquí hace unos días, pero estabas ocupada. Después de dudarlo, fui con otra chica --la miraba con un cierto reproche--. La verdad no quedé muy satisfecho. Ya sabes que prefiero estar contigo siempre que me es posible.

--Ya lo sé, Antonio, pero debes comprender que resulta imposible estar esperándote. Vienen muchos clientes y tenemos que atenderles a todos. Sabes que me gusta mucho hacerlo contigo, pero el trabajo es el trabajo -- ella procuraba quitar importancia al asunto.

Don Antonio, desnudo ya por completo, se acercó a Susana y comenzó a quitarle las escasas prendas que aún vestía. El transparente vestido cayó sobre el suelo, después el sujetador... Nervioso, sus manos fueron bajando las diminutas braguitas de la mujer, mientras besaba sus senos. Hundió su rostro entre los voluminosos pechos mientras sus manos se perdían por muslos y entrepierna. Ella,

simulando el despertar de un placer que no sentía, suspiraba entrecortadamente mientras él se excitaba manoseándola, una y otra vez.

Ella, le empujó hacia el lecho y, una vez allí, se puso a horcajadas sobre él. Esposó sus manos y pies a los barrotes de la cama y comenzó a besarle lentamente por todo el cuerpo, pero sin llegar a su pene que, en una incipiente erección, parecía reclamar su atención. Poseído por el creciente deseo, elevaba su pubis, una y otra vez, en muda súplica. Ella, ignorando deliberadamente su petición, seguía besándole por el pecho y el voluminoso vientre.

Despacio, primero, más fuerte después, fue azotándole en las blancas nalgas hasta que estas enrojecieron. Cada vez más excitado, gemía y se retorció de placer suplicándole: «¡Desátame! ¡Desátame!»

Descansó un rato mientras él respiraba hondo y la miraba suplicante. Por fin, después de un tiempo, Susana procedió a iniciar la felación, lentamente, sin prisas... Cuando intuyó que la excitación era máxima, desató los pies y manos del congestionado cliente.

Como poseído por una fuerza irrefrenable, se levantó y la penetró con fuerza, poniéndose a horcajadas sobre ella. Sus movimientos, grotescos por lo voluminoso de su vientre, fueron primero lentos para pasar a una frenética carrera, como deseando finalizar lo

que apenas había iniciado.

Ella, con el rostro girado hacia un lado, se sentía terriblemente oprimida por el peso y estaba deseando que el orgasmo, anunciado por la cada vez más apurada respiración del hombre, pusiese pronto fin a aquel suplicio.

De pronto, cuando todo parecía anunciar el final, un fuerte y ronco suspiro del hombre la asustó. Él continuó por unos instantes con el movimiento de su cuerpo. Después, quedó totalmente inmóvil sobre ella.

--¡Antonio! --se sentía asfixiada por aquel peso--. ¡Por favor levántate! ¡Me haces daño y no puedo respirar!

Él, seguía inmóvil sin responder a la angustiada petición de la mujer.

Después de unos segundos, Susana intuyó que algo extraño sucedía y, con todas sus fuerzas, empujó el pesado cuerpo hacia un lado. El rostro del hombre, con un rictus mezcla de dolor y felicidad, tenía un extraño tono azulado.

El grito, más bien alarido de Susana, hizo que la encargada del prostíbulo subiese corriendo. Tras ella, las demás prostitutas asustadas...

Sábado

La viuda y los hijos, sentados en la sala del Tanatorio, están siendo consolados por parientes, clientes y vecinos.

Don Antonio había sufrido un fatal infarto de miocardio cuando salía del garaje de su oficina para dirigirse a su hogar. Esa fue la versión que dio la policía municipal, a los sorprendidos parientes...

Tanto la policía como el juez de guardia, no era la primera vez que se enfrentaban a algo parecido, y sabían cómo proceder de manera discreta en estos delicados casos. ¿Qué otra cosa podían hacer? ¿Qué sentido tenía contar la verdad, para vergüenza de la familia?

Don Antonio, convenientemente maquillado para disimular aquel extraño color que con el tiempo se había tornado profundamente cerúleo, parecía dormir plácidamente dentro de aquel ataúd de hermosa madera de cerezo.

En el prostíbulo, asustadas aún por lo ocurrido y por las preguntas de la policía, todas comentaban lo ocurrido...

Susana, consolada por sus compañeras, aún no había podido superar el terrible susto. La encargada, veterana en el oficio, les comentaba que aquel no era el primer caso que ella conocía. Cuando trabajaba en un conocido prostíbulo de Salamanca, siendo aún muy jovencita, sucedió algo parecido con un anciano

y conocido industrial de la ciudad. La verdad se ocultó, pero los rumores siguieron circulando durante muchos años.

El cura, un viejo migo de la familia, estaba finalizando una hermosa y sentida homilía: «Siempre fue un hombre de gran fe, amante de su familia y muy virtuoso. Pertenecía a la Adoración Nocturna desde su juventud y siempre siguió los caminos del Señor. ¡Descanse en paz!»

En el último banco de la iglesia, casi oculta por una de las columnas, Susana vestida con las ropas más discretas que pudo encontrar en su armario ropero, está rezando como no lo hacía desde hacía muchos años. Se siente culpable de aquella muerte, ocurrida durante la prestación de sus servicios profesionales. Siempre, mientras viva, recordará el congestionado rostro de aquel hombre que, dicho sea de paso, siempre había dejado generosas propinas. «¡Descanse en Paz!», piensa mientras se santigua y sale por la puerta lateral del templo.

Alfredo Álvarez, cuyo recurso dejó sin firmar Don Antonio encima de su escritorio, tendrá que buscarse otro abogado...

La urgencia de la desnudez

Por Marcelo Darío Milman



A Marcela, mi psicoanalista.

Uno

El llanto de Amanda era grotesco: las lágrimas brotaban sin descanso de sus párpados y corrían sus lentes de contacto, hasta que el del ojo izquierdo decidió caer, develando su color real: marrón. Un ojo celeste y otro marrón. Los sonidos que emanaba, gemidos tristes y entrecortados, poblaban la habitación de una manera inédita hasta ese momento. Estaba desahuciada. No podía creer que el hombre con el que había compartido los últimos cinco años de su vida la hubiera abandonado, y de forma definitiva. Ya no quedaba ni una sola cosa de él en el departamento. Quizás alguna foto, algún recuerdo de los fines de semana en el velero, navegando en el río marrón (el color de sus ojos).

Se habían conocido en el polvo de ladrillo. Constantino le daba clases de tenis tres veces por semana (desplegando todo su encanto) y ella asistía encantada de ser seducida por quien le enseñaba a empuñar la raqueta, y a mejorar su revés. Aunque Amanda nunca alcanzó un nivel respetable en el juego. Con frecuencia en los partidos era atropellada por su rival y, una vez, hasta fue derrotada por un nene de siete años, que, al terminar el último set, le dijo: "Te gané, soy mejor que vos". Para justificar tanta simpática humillación, podemos decir que ella, de todas formas, había conseguido algo positivo: había conocido al hombre que se convertiría en su pareja, su compañero, y su

amante.

El golpe en seco de la puerta al cerrarse fue contundente. Constantino había decidido poner fin a la relación. Hace mucho tiempo que el desgaste era evidente: las peleas eran constantes, y el sexo se había convertido en una rutina desdeñable. Estaba cansado de cerrar los ojos y pensar que Amanda era un hombre. Robusto, moreno y velludo. No solo estaba descubriendo que la heterosexualidad era un sendero que pronto abandonaría, sino que ya comenzaba a darse cuenta que tipo de hombre le resultaba atractivo.

Ahora ya no habría viajes en velero, no disfrutaría del confort al que Amanda lo tenía acostumbrado y, ya no tendría la certeza de que no estaba solo. Pero, por otro lado, podría explorar sin culpas lo que su deseo ordenara, y convertir en realidad sus fantasías (exceptuando algunas un tanto bizarras).

Dos

Las semanas pasaron y Constantino pudo adaptarse a su nueva situación. Tomó más alumnos para generar un mayor ingreso y alquiló un departamento de un dormitorio en el centro, a solo unas cuadras del río Paraná. Era un piso nueve con un balcón amplio, con espacio para todas sus plantas, y una vista interesante de Rosario, que aparecía como una serranía artificial y racionalista, poblada de

edificios. Cada atardecer llevaba a cabo un ritual: regaba a sus compañeras silentes (el malvón, los jazmines, la planta de albahaca y la de menta, entre otras) y contemplaba los distintos tonos de naranja del cielo. Luego, ya de noche, prendía el televisor y ponía el noticiero, cuya conductora era Amanda. Quería comprobar si debido a la separación ella mostraba algún cambio de actitud, en su gestos o en la forma de expresarse. Y de hecho, en los primeros días, de manera sutil y casi imperceptible, hablaba con cierta tristeza. Luego, esa vulnerabilidad se transformó en una especie de furia, que Amanda aprovechaba para editorializar con alguna crítica o reclamo al gobierno, ya sea local, o provincial.

Tres

El tenis era un ámbito en el que Constantino se sentía cómodo. Ya lejos de los torneos y la competencia había encontrado en la docencia un espacio donde transmitir su estilo y su visión del juego. No aprobaba el revés a dos manos, ni el golpe plano. Él jugaba con efecto y pretendía que sus alumnos así lo hicieran, y el revés con slice era su golpe preferido.

Una de sus alumnas, Alejandra, una chica muy vital y elegante, le proporcionaría un dato que le sería de mucha utilidad. En la charla posterior a una de sus clases, sentados y bebiendo agua mineral helada, entre anécdotas de viajes y de su lucha contra la anorexia,

ella le comentó que le había conseguido pareja a su mascota, Perlita, una hembra Terrier escocés. A través de internet había contactado a la dueña de un macho de la misma raza y habían acordado hacerlos convivir, al menos por un tiempo. Así internet apareció para Constantino como medio para conseguir pareja. Pero ¿Y para acostarse con otro hombre?

Decidido a investigar contrató el servicio de internet de una empresa que tenía una publicidad muy particular: un hombre pelado aparecía diciendo que por cada nuevo cliente le injertarían un nuevo pelo, y entonces apelaba a la solidaridad de los televidentes. A Constantino el spot publicitario le disgustaba, porque creía que la solidaridad era mucho más que una humorada para incentivar el consumo; pero, por otro lado, era el único servicio disponible en su calle. Ya tenía banda ancha.

Cuatro

La sala de chat gay más popular y concurrida de la ciudad era un espacio virtual en el que los tabúes desaparecían con rapidez. El anonimato parecía destrabar todos los nudos de las relaciones sociales ordinarias. Nicks como putazo, buenaCola, dotado, macho43act, pasivohot y un largo etcétera daban cuenta de eso. Al mismo tiempo no se podía definir al lugar como el reino del compromiso, el afecto y el amor, en general todo lo contrario; pero, Constantino estaba decidido a acostarse con una

persona, y no con un objeto.

Luego de una semana de charlas virtuales acordó tomar un café con un estudiante de medicina unos años menor que él. Por lo que habían hablado en distintos encuentros virtuales parecía el indicado: físicamente era robusto, al hablar dejaba ver su pasión por los estudios y, también, nunca había estado con un hombre.

En el bar estaban sentados junto a la ventana. La brisa del río hacía de las suyas y refrescaba el ambiente. Pablo relucía. Tenía rasgos muy particulares y una sonrisa contagiosa, a Constantino le resultaba muy atractivo. Hablaron durante horas, de todo. El tenis y la medicina, sus experiencias con mujeres y su atracción por los hombres. Incluso abordaron el tema de la religión, donde Constantino comentó que era de origen judío y Pablo se definió como católico. El único momento de tensión surgió desde el afuera, cuando Amanda pasó por la vereda, hablando sola. Parecía enojada.

Luego, Constantino no dudó en invitarlo al departamento: a pesar del humor de su ex pareja, había llegado el momento de disfrutar el sexo entre hombres. Ya en la habitación, sin decir una palabra, comenzaron a besarse y a desvestirse. Las prendas se habían convertido en algo innecesario. Entre las sábanas seguían yendo hacia el umbral del deseo. Hasta que, Constantino estiró el brazo para agarrar un

preservativo de la mesita de luz. En ese instante Pablo lo miró y pronunció una frase trágica:

- No puedo hacerlo. Esto está mal.

La erección de Constantino estaba a punto de explotar, y era tanta la frustración que comenzó a sollozar. ¿Había hecho algo mal? No pudo saberlo, entre algunas tenues lágrimas solo atinó a abrirle la puerta a Pablo, que se fue en silencio.

Cinco

Era otro día de sol abrasador en el polvo de ladrillo. Constantino, en cueros, bronceado, transpirado y brillante, con su cuerpo torneado por la frecuente y temprana actividad física, le daba clases a un nuevo alumno. Al mismo tiempo luchaba para ver el lado positivo de su fallido encuentro (al menos se habían besado).

Federico era un psicoanalista decidido a retomar el deporte que había practicado en la infancia. Había logrado hacerse un espacio entre pacientes dos veces por semana, a las cinco de la tarde. Su slice era excelente, pero tenía problemas con el saque y tenía que ponerse en forma para ganar resistencia. Sin embargo tenían buenos peloteos. Si Constantino no era muy agresivo en su juego podían sostener la esfera amarilla en el aire durante un tiempo razonable, e incluso generar algún interés en

el ocasional público de las canchas (la gente en la vereda, los otros alumnos y los empleados del bar).

Ya a la sombra, sentados, luego de una clase intensa, Constantino y su alumno conversaban. Federico hablaba, pero sin revelar ningún dato que permitiera identificarlo, de uno de sus pacientes. Era un hombre que asistía semana tras semana al diván exclusivamente para insultar a su padre, para casi gritar su odio hacia él.

Constantino escuchaba pero no podía escapar al recuerdo de la robustez y los labios que habían sido suyos, por un instante.

Seis

Al atardecer, mientras regaba sus preciadas plantas, percibió una mirada a sus espaldas. Al darse vuelta pudo ver a un hombre en el balcón de al lado. Lo saludó sonriendo, pero no obtuvo ninguna respuesta. Su vecino sostuvo la mirada fija por unos segundos y, con un gesto de desprecio, desapareció. En ese momento Constantino pensó que al elegir un departamento para vivir, habría que tener una charla previa con los vecinos, al menos los más cercanos, para evitar sorpresas desagradables, como la que acababa de suceder.

Al entrar decidió ver su pasado: el noticiero. Estaban pasando un informe sobre los peligros

de la exposición de información personal en internet, musicalizado como si fuera una película de terror. Pobre Amanda. Ahora padecía un tic nervioso. Cada dos minutos el ojo izquierdo se le cerraba y al mismo tiempo, su cabeza mostraba una leve convulsión.

Pero ahora era el momento del presente: la búsqueda virtual de un hombre real. Constantino empezó a chatear con rugbierCentro, quien tenía unos años más que él, era robusto y no estaba lejos. Eso era suficiente. Sí, luego de la frustración del último encuentro, sus expectativas ya no eran tan altas. Se tomó un taxi, escuchó en silencio las retóricas quejas del taxista, y se bajó en la dirección indicada.

Arturo lo esperaba en la puerta de su fastuoso edificio. Era su tercer encuentro del día, y esperaba que esta vez valiera la pena. La primera impresión fue positiva, hubo atracción, mutua. Mientras subían en el ascensor, moderno y cubierto de espejos, no se dijeron una sola palabra. Sus miradas pronunciaban el discurso más elocuente.

Ya en la habitación, amparado en la tenue iluminación, Constantino se quitó la ropa, mientras su anfitrión aguardaba sentado e impaciente. La habitación era bastante amplia, y minimalista. Las dos piezas de mobiliario que más se destacaban eran la cama de dos plazas y la biblioteca, que albergaba algunos libros y

distintos objetos. Uno de éstos emitía destellos, como si fuera de oro o de algún metal precioso. Constantino sentía curiosidad. Desnudo, se acercó a la biblioteca. Al estar frente al objeto que brillaba no podía creer lo que estaba viendo: una esvástica dorada que colgaba de una cinta bordó. Podía ver el rostro de sus bisabuelos, que habían inmigrado a la Argentina a finales del siglo XIX, desde Ucrania, escapando de la violencia y la persecución. En ningún momento había dicho que él era judío, pero quizá su circuncisión ya lo habría delatado. Tenía que irse, desaparecer. Se dio vuelta y pronunció éstas palabras:

- No puedo hacerlo. Esto está mal.

La frase que la culpa había puesto en los labios de Pablo funcionó a la perfección como salida de emergencia para Constantino.

Siete

Otra vez el revés a dos manos. Era evidente que se había transformado en una tendencia o algo por el estilo. Su nueva alumna era una adolescente de familia acomodada que tenía un rasgo físico distintivo: era pálida, tanto como si el sol nunca hubiera acariciado su piel. A pesar de su delgadez Virginia jugaba con fuerza y cada vez que impactaba la pelota gritaba de una forma muy particular. Gemía.

Luego de la clase, en el bar, mientras tomaban

algo, Constantino intentaba persuadirla para que deje de lado su antiestético revés, cuando el sonido de un celular los interrumpió. El ringtone le resultaba familiar, pero no podía acordarse el nombre de la canción. Virginia pidió disculpas y atendió. Era su novia, que llamaba para decirle que camino a la casa consiga las entradas para "La piel de Safo", la obra de teatro que se estrenaba en el bar lésbico de calle San Martín.

"I don't feel like dancin", de Scissor Sisters (ringtone).

Ocho

Mientras regaba las plantas y contemplaba el cielo y su cromática transición, Constantino se sentía a gusto. La separación no había sido tan traumática (al menos para él), el trabajo marchaba bien y podía disfrutar de la tranquilidad de su nuevo lugar. Hasta que apareció su vecino. Esta vez, eligió la indiferencia como manera de relacionarse. No intercambiaron ni siquiera una mirada. Soportó unos minutos de incómodo silencio, y luego entró al departamento.

Al recorrer los distintos canales en la televisión no pudo dejar de visitar el noticiero, a donde lo esperaba una sorpresa. Amanda ya no estaba, y en su lugar había una mujer rubia y sonriente, a quien, era obvio, le costaba expresarse con la solemnidad que

algunas noticias requieren.

Podría haber visto alguna película, pero decidió cambiar de pantalla. Mientras se ubicaba otra vez frente a la computadora pensaba en como Internet había modificado los hábitos de gran parte del mundo: las distancias, de alguna manera, habían desaparecido; pero, al mismo tiempo, se profundizaban.

Dejando de lado las paradojas de la modernidad entró al chat, donde cientos de personas buscaban algo. Él buscaba un encuentro, y encontró a oscar35 que, lejos del discurso genital urgente, se definía como activista por los derechos de las minorías sexuales. Sintió curiosidad. Acordaron tomar un café para conocerse.

Cuando Constantino ingresó al bar no tuvo problemas en reconocer a su cita: tenía una camisa con los colores del arco iris. El café estaba delicioso, y Oscar hablaba sin descanso. Entusiasmado relataba su paso por la marcha del orgullo gay en Buenos Aires, a la cual había ido por primera vez. La describía como un hecho político y como una fiesta de la diversidad, a donde no era necesario reprimir nada.

La frase "reprimir nada" dejó una huella en el pensamiento de Constantino, que, sin dejar pasar un segundo más, lo invitó a su departamento. Oscar lo dudó por un momento,

pero aceptó. Mientras caminaban, el silencio no dejaba lugar a las palabras, y sin más, se tomaron de las manos. Las cuerdas pasaban y la noche era un refugio encantador. Hasta que, a solo unos metros del departamento, sonó un celular. Oscar atendió, escuchó, y luego pronunció:

- No puedo hacerlo. Tengo que ir a repartir preservativos al boliche.

Paró un taxi y se fue. Estaba tan apurado que ni siquiera dejó su número a Constantino, que, a estas alturas, se sintió hastiado. Mientras subía en el ascensor de su edificio se dio cuenta de que su reflejo (en un pulcro espejo) era su única compañía.

Nueve

En su día de descanso, lejos del polvo de ladrillo, Constantino compartía el almuerzo con sus amigos. En el grupo había compañeros de la secundaria y antiguos alumnos de tenis, entre otros. Ya les había contado sobre su deseo y sus intentos para concretarlo. Ellos opinaban que Pablo era un tipo con un nivel de represión muy alto, que Arturo era un nazi despreciable y, estaban a punto de conocer lo que había pasado con Oscar.

No podían creer su suerte, y, entre risas, le aconsejaron que tenga paciencia, que ya conocería al hombre indicado. Acto seguido la

conversación se desvió hacia temas menos trascendentes.

Ya en su departamento, cuando el crepúsculo comenzaba a hacer su aparición, Constantino, fiel a su ritual, salió a regar las plantas.

- Lindo atardecer, ¿no te parece? - una voz lo sorprendió.

Cuando vio a su vecino no podía creer que su rostro esbozaba una turgente sonrisa.

Diez

Se presentaron, ya que nunca lo habían hecho de forma apropiada. Su nombre era Manuel y, no había dudas, estaba de buen humor. Siguieron hablando, del atardecer, de los atardeceres que habían visto en distintos viajes, del cuidado de las plantas, del edificio en el que vivían, de sus profesiones y de algunas cosas más. Pero Constantino sentía que, en realidad, lo importante no era lo que decían sus palabras, ni sus palabras. Éstas eran una excusa. Una ilusión. Una metáfora de algo más trascendente.

Lo invitó a pasar y a tomar algo y, cuando le abrió la puerta del departamento, lo encontró desnudo, con una botella de champagne en una mano y dos copas en la otra. A pesar de que cualquier persona podría verlo allí, lo observó por unos instantes. Piel morena, ineludible robustez y vellos poblado su pecho. Con una

sonrisa lo hizo pasar.

En el dormitorio, entre sábanas de inolvidable bordó; el silencio ansioso por gritar y el champagne de burbujas que estallaban con sutileza fueron el prelude para una sinfonía maravillosa. La desnudez era una urgencia, los rincones de la piel buscaban dueño, sonaba el llanto de la verdad que perfuman los jazmines, y temblaban los orificios y las vergas húmedas. Después de unas horas Constantino comprendió que el deseo es libertad, y el orgasmo la forma más contundente de afirmar que estaba vivo.

Epílogo

En la plaza Dorrego, uno esos lugares de San Telmo donde Buenos Aires abraza su pasado y proyecta su porvenir, Constantino y Manuel tomaban unas cervezas. Ya habían recorrido la feria artesanal y asistido a distintos turistas, sacándoles fotos digitales. Habían decidido viajar allí para celebrar el primer mes de su relación, que florecía como los jardines en primavera. Lo que había comenzado con el mejor e inesperado sexo se había transformado en la necesidad de compartir casi todo, desde el desayuno hasta las reuniones con amigos. Juntos sentían que la vida se potenciaba y que el disfrute ya no era algo lejano.

Mientras conversaban, Constantino escuchó una risa que le parecía familiar. Volteó la cabeza

y, a dos mesas de distancia, vio a Amanda. Por la forma en que gesticulaba, con movimientos amplios de los brazos, parecía estar contando anécdotas a sus amigos. Cuando ella lo vio hizo un silencio, pidió disculpas y se acercó hasta su mesa.

Luego de saludar, Amanda se sentó. Constantino hizo la siguiente presentación:

- Amanda, mi ex pareja; Manuel, mi pareja.

Amanda y Manuel se miraron cómplices por un instante y soltaron una carcajada. Luego ella les contó que recién había vuelto de Europa, a donde se había ido de vacaciones, y que estaba feliz. Los invitó a su mesa, donde siguió contando anécdotas sobre su viaje. Constantino y Manuel escuchaban con atención, y sentían un especial interés por las ciudades que no conocían, los lugares que iban a descubrir, juntos.

Legales

©2012 Fernando J. M. Domínguez González

©2012 Marcelo Darío Milman

Ellos deciden desear - Narrativa breve

La doble vida de Don Antonio - 2011/12

La urgencia de la desnudez - 2007/12

Desnudo Editorial Digital - eBook

Julio 2012

Argentina

Diseño de portada e imágenes (originales), por
Marcelo Milman.

Milman, Marcelo

Ellos deciden desear : La doble vida de Don Antonio : La urgencia de la desnudez / Marcelo Milman y Fernando J. M. Domínguez González ; Edición literaria a cargo de Marcelo Milman. - 1a ed. - Rosario : Desnudo Editorial, 2012.

E-Book.

ISBN 978-987-28308-0-9

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Domínguez González, Fernando J. M. II. Milman, Marcelo, ed. lit. III. Título

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Está permitida la realización de hasta 35 copias del presente eBook, ya sea para resguardo, lectura en distintos dispositivos, o distribución a otras personas allegadas. Luego, de ser necesario, invitamos a realizar una nueva compra, para beneficiar a los autores, y a la editorial.

Los autores

Fernando J. M. Domínguez González, nacido en 1940, es natural de Vigo, España.

Cursó estudios de lenguas alemana e inglesa en la E.O.I. y es diplomado en Comercio Internacional y Marketing. Hasta su jubilación, trabajó como director del Departamento de Comercio Internacional, en una empresa multinacional.

Ha publicado la novela histórica "La Favorita del Rey" (Atlantis, 2009). También, en el año 2010, publicó la novela: "Mateo el escultor del Pórtico de la Gloria" (ECU), en la que se relata la vida del genial artista medieval, de su hijo y de su nieto.

Siempre le ha gustado escribir, muy especialmente, novela histórica y cuentos.

Marcelo Darío Milman nació en 1979, es argentino y reside en la ciudad de Rosario.

Cuenta con el título de Técnico Superior en Periodismo, y cursa en la actualidad estudios superiores en Periodismo, y Letras, en la UNR.

En 2011 publicó su primer eBook: "cada rincón desnudo", una antología de poesía, de edición digital del propio autor.

La editorial

Desnudo Editorial Digital nace en mayo de 2012, en la ciudad de Rosario, Argentina; con una entusiasta orientación hacia las nuevas formas de lectura (y de producción de libros).

El nombre de la editorial remite por un lado a la desnudez, a lo erótico; y, por el uso del prefijo de negación "des" en español, a lo que no tiene nudos, a lo que fluye en libertad.

Nuestros libros electrónicos o eBooks son desarrollados con herramientas de software libre.

<http://desnudoeditorial.blogspot.com.ar>